

Editorial

PASADO PERPETUADO, HIPOTECA A FUTURO

Finalizado el prolongado período de aturdimiento que llamamos “campaña” y concluida la consulta electoral del 16 de mayo de 2008, es recién ahora cuando dominicanos y dominicanas comenzamos, poco a poco, a abrir los ojos y despertar para -¡vaya sorpresa!- darnos cuenta de la crisis externa que se abalanza sobre el país desde hace algún tiempo, la cual viene a golpear el debilitado cuerpo económico y social de la nación. Esa crisis la habíamos obviado olímpicamente debido a la mala orientación de nuestros políticos que no sabían o no querían plantear temas serios mientras parecían jugar a la “garata con puños” la cuestión -decidida en las urnas- de a cuál candidatura toca asumir las riendas del Estado en el próximo cuatrenio.

De las consecuencias de ambas, campaña y consulta electorales, nos queda un corto saldo positivo que se resume en dos puntos: uno que atañe a las personas por la capacidad demostrada para ejercer ordenadamente su derecho al sufragio y, de otra parte, la Junta Central Electoral, en cuanto a sortear las situaciones que pudieron impedir que la población conociera en el más breve tiempo los resultados de la elección de los candidatos llamados a ejercer por un nuevo período democrático la más alta investidura

del Estado. En cambio, resultan sumamente preocupantes las señales que en otro orden despiden.

A todas luces y no con menos desparpajo, hemos visto repetirse eventos de los que ya quisiéramos estar librados desde hace décadas. Construir una democracia, incluso si se quiere calificar de “moderna”, va a ser un reto enorme que dejaremos a futuras y muy lejanas generaciones si no cambiamos de inmediato los resortes que promueven la inercia institucional de los partidos y el empobrecimiento de la cultura política. Es más: de no hacerlo desde hoy, podríamos estar impidiendo esas transformaciones en el mediano plazo, ya que el renovado empuje de fenómenos como el patrimonialismo y el clientelismo tienen como efecto la degradación de las instituciones democráticas, hasta llegar al grado de inutilizarlas. A la inversa, las sociedades acostumbradas a ver como naturales dichos fenómenos tampoco reparan en la calidad de la democracia que les rodea; así, en lugar de denunciar los problemas de fondo de esta democracia se contentan con añorar los tiempos de “mano dura”, de cuando las cosas “funcionaban bien”, sin percatarse de que precisamente —como reza el dicho— de aquellos polvos provienen estos lodos. En tal sentido el trabajo del gobierno dictatorial de Trujillo está “hecho” y los esfuerzos de construcción ciudadana que miran al ejercicio pleno de los derechos humanos no pueden ser sino conatos encaminados a deshacerlo. Los autoritarismos perduran allí donde el ejercicio de la ciudadanía se ve reducido a la mínima expresión.

Por ello, más importante que un retorno al bipartidismo o su estabilización en el ámbito político nacional, lo que se presenta como rasgo distintivo de la coyuntura presente es la crónica prolongación del clientelismo y del patrimonialismo en la política dominicana, ambas a dos pesadas herencias del autoritarismo. Se trata de un rasgo de larga data, que no cesa de renovarse; sabemos que para nada es un fenómeno nuevo, sino de fondo. La cosa, por lo tanto, no es para rasgarse las vestiduras, aunque no por ello debemos mirarla con indiferencia. Aunque histórico, el legado tiene una vigencia rejuvenecida que desconocemos en sus más recientes anclajes sociales e institucionales. ¿De qué manera las generaciones más jóvenes se han reconciliado con el

patrimonialismo y el clientelismo que no hace mucho criticaban? Recordemos que clientelismo acaba traducándose en exclusión política, lo contrario a la participación; lo mismo puede decirse del patrimonialismo, que se confunde con el caciquismo, el personalismo, el nepotismo..., aunque también representan la instrumentalización de la vida cotidiana o el surgimiento de un *modus vivendi* que tiene a la política clientelar como recurso de sobrevivencia, una alternativa al desempleo y la falta de pan. Una apropiación cultural de la política como espectáculo representa la otra cara de la moneda. ¿Cómo ver los hilos de este tejido casi invisible, que llevamos puesto como una segunda piel? Semeja una especie de “nube gris”, decía un profesor amigo, en la que todo se disuelve y confunde, como la noche en la que todos los gatos son pardos. Todo ello significa que el camino democrático emprendido a partir de 1978 y 1996 se encuentra hoy en una encrucijada que le plantea la crónica perpetuación de esas herencias históricas.

Debemos preguntarnos hasta qué punto cuentan nuestras instituciones partidarias con la capacidad para profundizar el camino democrático, en lugar de continuar demoliendo su valor en la cultura política de la población. ¿Hasta dónde están conscientes del vaciamiento de la democracia y sus instituciones? Pues ésa es la consecuencia inmediata que provoca consolidar una cultura política basada en el clientelismo y el patrimonialismo. Ambos han sido recursos fundamentales de las dictaduras y semidictaduras, aunque tampoco han sido abandonados por los gobiernos de talante democrático, aunque no exentos de autoritarismo. Este pasado que se perpetúa erosiona el porvenir y bloquea las posibilidades de construcción democrática del presente. Afrontar con realismo este problema implica además ver otros aspectos que pueden ayudar a perfilar nuevas características organizacionales, las cuales están presentes desde hace ya varias décadas, pero siguen siendo ahogadas, bloqueadas o impedidas por la vigencia de mediaciones partidarias que continúan sirviéndose de aquellos resortes de la cultura política contruidos por los autoritarismos, que ahora se renuevan bajo el impulso de políticas neoliberales a veces disfrazadas de políticas sociales.

Con seguridad estos temas quedarán fuera de los debates constitucionales que se avecinan, centrados en garantizar mecanismos para la perpetuación en el poder y en la alimentación de un nacionalismo violento, a través de la sustitución del *Ius solis* por el *Ius sanguinis*. Sin embargo, de no saldarse las deudas de justicia social con propuestas que profundicen la democracia social dominicana, nada impedirá que el futuro nos cobre la hipoteca.

Con este número de *Estudios Sociales* no pretendemos adoptar la conocida y algo ingenua máxima de Cicerón, "*historia magistra vitae*". Reconstruir precariamente el pasado para poner ejemplos edificantes idealizados no se corresponde con el nivel de criticidad al que ha llegado la investigación historiográfica contemporánea. Más bien, intentamos comprender el pasado para estar en mejores condiciones de conocer con más lucidez nuestro presente, preguntándonos por las nuevas tareas que nos tocan enfrentar, más allá del fácil discurso nacionalista alimentado por la historia oficial y legitimador de las prácticas de las élites actuales. En ese sentido, nada más adecuado que comenzar con una revisión crítica de la clásica obra de Sánchez Valverde, *Idea del valor de la Isla La Española*. Rudolf Widmer realiza un concienzudo análisis de la obra que es tenida por muchos historiadores oficiales como "la primera obra del espíritu criollo dominicano". En realidad, el proyecto de Sánchez Valverde queda expuesto después de este análisis como una auténtica "utopía esclavista", que no se distingue mucho de la manera en que han sido tratados los cortadores de la caña de azúcar desde que la burguesía nacional, o el Estado metido a burgués, decidieran bailar al ritmo de las danzas millonarias de la industria azucarera. Aunque las situaciones sean distintas, veremos una continuidad entre los mecanismos de apropiación de la riqueza de ambos lados de la frontera de la Isla de Santo Domingo de antes y de ayer. El discurso nacionalista, monárquico español en Sánchez Valverde, republicano autoritario en la historia oficial dominicana, intacto en la historiografía de inspiración marxista, se construye en el espejo del "otro" que se encuentra en la parte occidental de la Isla de Santo Domingo.

El artículo de Walter Cordero, reconstituyendo las vicisitudes del sombrero de fibra vegetal en República Dominicana, puede tenerse como un ejemplo de tantos aspectos no estudiados por la historia oficial. La historia del sombrero le ofrece al autor una oportunidad de arrojar rayos de sol sobre la oculta historia de mujeres pobres dominicanas, que han cobijado de sombra el trabajo de muchos agricultores de esta tierra, así como lanzar una crítica constructiva a nuestras políticas culturales. Por su parte, el artículo de Antonio Lluberes reconstituye el tiempo en que murió Pedro Francisco Bonó. Este escrito corresponde a la conferencia dictada en el Centro Bonó en el marco de la celebración del centenario de la muerte de Bonó. Esta reconstrucción de los tumultuosos años de 1899-1916, que desembocaron en la Ocupación Norteamericana, nos recuerda un peligro perenne del proyecto nacional dominicano: unas élites políticas desinteresadas por lo público, prestas a la revancha contra el adversario partidario, empujan al conjunto de la población a buscar soluciones en figuras autoritarias o en proyectos políticos extranjeros, especialmente en los Estados Unidos.

El número se completa con cuatro escritos para la historia presente. Leopoldo Artilles muestra, a partir del Informe del Desarrollo Humano de 2004, cómo no puede haber desarrollo humano sin libertad cultural. Un año después, en 2005, el Informe Nacional de Desarrollo Humano para República Dominicana mostraba cómo nuestra cultura estaba marcada por lo que ahí se llamó “externalidad”, entendida como la búsqueda de la solución de los problemas fuera del ejercicio responsable de la propia libertad; esta hipoteca encuentra en el clientelismo y en el patrimonialismo uno de sus terrenos más fértiles. Ana Margarita Haché reflexiona sobre la importancia de políticas culturales que promuevan el aprendizaje de la lengua escrita, como un modo de reforzar las competencias comunicativas de los y las estudiantes para el ejercicio crítico de la ciudadanía. Se trata de su Discurso de ingreso como Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Lengua. Como conferencista invitado para el Día Nacional de la Ética, Pablo Mella muestra los peligros que pueden existir cuando se hace tanto llamado a la ética, especialmente desde comisiones presidenciales: la ética

puede degenerar en mera legitimación de prácticas políticamente poco razonables, generando entonces “crisis de legitimación”, según la expresión de J. Habermas. Por último, en este número concluimos con una deuda de la publicación anterior. Se trata de las palabras del P. José Luis Alemán, sj, fundador de *Estudios Sociales*, con motivo del Doctorado Honoris Causa que le otorgó la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, en mayo de 2007. Estas palabras debieron aparecer en el número con el que conmemoramos los 40 años de la revista, integralmente dedicado a la memoria de Alemán, pero que por error de edición no salió publicado.

Concluamos estas reflexiones introductorias con unas palabras tomadas de una carta de Bonó, fechada el 11 de marzo de 1900. La cita aparece en el artículo de Antonio Llubes. En dicha carta, Bonó se refería a aquel momento como “tiempos de insensatez... con su cortejo habitual de miseria”. Sin embargo, tomando apoyo en la fe cristiana que se le profundizaba con los años, podía a pesar de todo decir esperanzado: “aunque algo triste por mi patria y aunque muy viejo y desengañado, me queda bastante fe para saber que los tiempos se siguen y no se parecen, y que puede llegar un día en que el presente y porvenir no sean tan tenebrosos como los presentes tiempos, y podamos gozar de días más risueños”. Quizá sea la virtud de la esperanza, y la lucidez de un juicio certero sobre el presente, lo que nos permitirá que el pasado perpetuado por los intereses de nuestras élites, y reseñado por la historiografía oficial, no se traduzca en un futuro hipotecado.